

capilla de Sta. Catalina mártir; de donde en la mañana siguiente se trasladó por sí misma con no menor prodigio á la sacristia del convento. Con estos nuevos milagros se aumentó su devoción considerablemente; y continuádoles el Señor cada dia por la intercesion de su sierva, no es el menor la incorrupcion de su cuerpo, del que hecha inspeccion trescientos treinta y nueve años despues de su muerte, se halló íntegro y flexible, escepto la mano derecha, pié izquierdo, y una costilla, estraídas para reliquias.

Justificados todos estos y otros muchos milagros con el heroismo de sus virtudes en el proceso informativo hecho á este fin, declaró su culto inmemorial la sagrada Congregacion de Ritos en el dia 9 de febrero de 1692, cuyo decreto aprobó Inocencio XII en el 13 del mismo mes. Y mandado por aquélla en el dia 2 de octubre de 1694, que se celebrase el oficio de la Santa con el rito de rezo doble por la religion, lo confirmó su Santidad en el 9 del mismo mes y año.

**SAN HOSPICIO Ó SAN SOSPIS, RECLUSO DE PROVENZA, CONFESOR.**

**S**AN Hospicio, llamado vulgarmente S. Sospis, florecia en Provenza hácia la mitad del sexto siglo. Era francés; pero se ignora el lugar de su nacimiento. Habiendo oido hablar de la vida penitente y de la santidad de los solitarios de Egipto, se sintió encendido de deseos de imitarlos. En medio de sus pocos años se resolvió á pasar el mar para aprender de aquellos maestros de la vida espiritual la ciencia de los santos y el camino de la perfeccion.

Animado de este deseo se encaminó á Egipto, y penetrando en lo mas interior del desierto, visitó á muchos de aquellos santos anacoretas. Fácilmente se puede comprender la impresion que harian en un corazon tan bien dispuesto aquellos grandes ejemplos de virtud. Admiraba en unos la inocente crueldad con que maceraban su cuerpo; en otros aquel perpetuo silencio, y en todos aquel universal generoso desasimiento, aquel espíritu de mortificacion, aquel puro amor de Jesucristo, y aquella constante perseverancia en la oracion. Habiéndolo hecho de esta manera el noviciado de la vida ascética, se restituyó á Francia con resolucion de poner en práctica los grandes ejemplos de que habia sido testigo; y las no menos grandes lecciones que habia aprendido. Desembarcó en la Provenza, y á una legua de Niza descubrió en una península un torreón arruinado, que le pare-



S. HOSPICIO C.



ció muy á propósito para satisfacer su deseo de vivir en una profunda soledad, y de esceder, si pudiese, las penitencias que hacian los anacoretas del Oriente.

Lleno de aquella santa confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se encerró en aquel lóbrego espantoso sitio, resuelto á ocuparse únicamente en Dios solo, entregándose á la abstinencia y á la mortificacion de la carne todo cuanto fuese posible á las fuerzas naturales con asistencia de la divina gracia. Así lo hizo; y desde luego asombró á todos su vida, teniéndola por cierta especie de prodigio.

Andaba cargado de pesadimas cadenas de hierro, sobre un áspero cilicio erizado de puntas que le penetraban; su habitacion mas parecia sepultura que celda; su ayuno era perpetuo, y toda su comida se reducía á pan y dátiles. En tiempo de cuaresma doblaba las penitencias; su alimento en ella eran unas raices de Egipto sumamente desabridas, y muy usadas de aquellos anacoretas, haciéndolas venir por medio de los mercaderes que iban á negociar en Alejandria. Trabajaba algunas horas en fabricar cestas de junco y de hojas de palma, pasando en oracion el resto del dia y casi toda la noche. Apenas era su cuerpo mas que una llaga, despedazado por los instrumentos de mortificacion, y medio comido de animalillos inmundos, de que estaba todo cubierto; en fin, vivía de milagro.

Españóse presto la voz por toda la costa de que habia en el torreón un hombre maravilloso. Su aspecto, sus palabras y su penitencia hicieron conocer á todos el mérito y el valor de aquel tesoro escondido. El mismo Dios tomó de su cuenta manifestar la santidad de su siervo con gran número de milagros. Concurrían de todas partes á ver el anacoreta del Occidente, que en devocion, en ayuno y en penitencia hacia escesos (así se decía) á los solitarios de Egipto. Era tanto el concurso, que le obligó á tapiar el torreón, dejando solo una ventanilla bastante elevada, por donde recibía el poco alimento que necesitaba; y desde donde hablaba á los que venían á consultarle, y á encomendarse en sus oraciones.

A media legua de la ermita donde estaba nuestro Santo habia un monasterio, cuyos monges le venían á visitar frecuentemente, y siempre sacaban mucho provecho de sus conferencias espirituales. Por este trato familiar y por lo mucho que los ayudaba á caminar en la perfeccion, le llamaban su padre y su abad; expresión de cariño y de respeto en que se fundó la equivocacion de algunos escritores, que juzgaron habia sido efectivamente abad de aquel monasterio. Dotado del don de profecía

predijo la irrupcion que los lombardos habian de hacer inmediatamente despues de la cercana muerte de su rey Cleb ó Clefis en los parajes de Francia contiguos á los Pirineos. Cuando Dios le dió á entender que se iban acercando aquellos bárbaros, se lo previno á los paisanos para que tomasen sus medidas, y se retirasen con tiempo á las poblaciones grandes, llevándose sus muebles y ganado.

El mismo aviso comunicó á los monges del monasterio inmediato á su ermita, aconsejándoles que cuanto antes se retirasen con los vasos sagrados. Ellos le rogaron que tambien él mismo se retirase, y se fuese con ellos; pero no quiso abandonar su celdilla: y como insistiesen los monges en que no le habian de dejar, el Santo los respondió: *Id, hijos míos, y poneos á cubierto, mientras pasa la tempestad; no tengais cuidado de mí, porque aunque los bárbaros ejecutarán conmigo mil ultrajes, no me quitarán la vida. Vosotros sí que correis mucho peligro si cuanto antes no os poneis en salvo.*

Presto verificó el suceso la profecía. Pasaron los bárbaros los Alpes hácia el año de 576, y se estendieron por la costa de Génova y de la Provenza. Una manga ó un destacamento de ellos se avanzó hasta Niza, y llegó al pié de la torre donde habia penitencia nuestro Santo. Al primer rumor que oyó se asomó á la ventanilla, y luego que le reconocieron los lombardos, cercaron la torre; pero no descubriendo puerta por donde entrar, dos de ellos escalaron hasta el techo, y por él descendieron á la celda. Quedaron asombrados, no menos de su tranquilidad que de aquella habitacion; pero reparando por entre el cilicio las cadenas que rodeaban todo su cuerpo, creyeron desde luego seria algun insigne malhechor, á quien por sus delitos tendrian encerrado en aquella torre; y mirándole ya con horror, le cargaron bien de injurias. Buscaron un intérprete, por cuyo medio le preguntaron qué delitos habia cometido; y como el Santo respondiese que era verdaderamente lo que ellos habian imaginado, pues apenas se hallaria maldad de que no se creyese delincuente, un bárbaro levantó furiosamente el sable, para hendirle la cabeza; pero secándosele de repente el brazo, y dejando caer el sable, se quedó con el brazo levantado; á cuya vista dando sus compañeros grandes alaridos, preguntaron al Santo que se habia de hacer en aquel lance. Mandó Hospicio al soldado que se acercase á él, y haciéndole la señal de la cruz, no solo volvió repentinamente el brazo á su estado natural, sino que con otro mayor milagro el bárbaro se convirtió á nuestra santa fe; y en lugar de seguir á sus compañeros, no se quiso separar de nues-



tro Santo, entrando despues religioso en el monasterio cercano, donde vivia aun con edificacion cuando S. Gregorio Turonense escribia esta historia.

Retirados los bárbaros, se restituyó la tranquilidad, y creció tanto la veneracion á nuestro Hospicio, que de todas partes concurría la gente á encomendarse en sus oraciones. El suceso que verificó su profecía, la conversion del soldado y los milagros que obraba cada día, hicieron célebre su nombre en toda Italia y en toda la Francia.

Un ciudadano de Angers habia perdido el habla y el oido en una violenta enfermedad, que le puso en los últimos términos de la vida. Resolvió ir en peregrinacion á Roma con el piadoso fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo, como tambien las catacumbas de los santos mártires, para que el Señor por su intercesion le concediese algun alivio en aquel doloroso accidente. Juntóse en el camino con un diácono, que hacia el mismo viaje; y habiendo llegado á la Provenza, tuvieron noticia de las maravillas que cada día obraba el Señor por medio de nuestro Santo, lo que les metió en gana de verle; pero asaltando al pobre enfermo la calentura, no le fué posible salir de la posada, y solo su compañero pudo ir á visitar á S. Hospicio. Informado el Santo del motivo que tenia el enfermo para emprender aquel viaje, le suplicó el diácono que en sus oraciones se acordase de su trabajo. *Pues traédmele acá, respondió Hospicio.* Al punto fué el diácono por él, y conducido á la torre, sacó el Santo el brazo por la ventana, asíóle de los cabellos, arrimóle hácia sí, ungióle la lengua con algunas gotas de aceite bendito, derramó un poco sobre la cabeza, y exclamó: *Abranse tus oidos en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y aquel mismo Dios omnipotente que lanzó el demonio del hombre sordo y mudo, te restituya el uso de la lengua.* ¿Cómo te llamas? Al momento respondió el enfermo, espresándole su nombre con la lengua espedita, y con voz clara y sonora; y lleno de gozo por verse de repente sano y bueno, levantó las manos al cielo, y exclamó diciendo: *Bendita sea para siempre la bondad de mi Dios y mi Señor, por la maravilla que acaba de obrar con este siervo suyo. Iba yo á Roma para hallar en la intercesion de los santos Apóstoles algun alivio á mi mal; pero en Provenza encontré con un S. Pedro, con un S. Pablo, y con un S. Lorenzo, en la persona de este santo ermitaño.*

Todavía estaban todos atónitos á vista de este prodigio, cuando se apareció un buen hombre llamado Domingo, y ciego de nacimiento, que por consejo de nuestro Santo habia estado tres

meses en el monasterio. Preguntóle el siervo de Dios si veria de buena gana: *Yo no sé qué cosa es ver* (respondió el ciego) *porque jamás he tenido el uso de la vista; pero segun lo que he oido decir, esto de ver debe ser cosa tan buena, que me alegraria mucho hacer por mi mismo la esperiencia.* Haciendo entonces el Santo la señal de la cruz sobre los ojos de Domingo con aceite bendito, le dijo estas palabras: *En nombre de Jesucristo, nuestro Redentor, sean abiertos tus ojos.* Al instante se le abrieron; pero aquel hombre quedó tan preocupado de admiracion y de asombro á vista de la luz, y de todo cuanto se le ponía delante, que por largo espacio de tiempo estuvo como inmóvil y aturdido, siendo cada objeto para él nuevo motivo de pasmo. Este segundo milagro hizo aun mas ruido que el primero. Concurrían los enfermos hasta de las mas remotas partes del Oriente, y todos se volvian alabando al Señor, y publicando en todas partes la eminente santidad y el gran poder que tenia con Dios aquel nuevo taumaturgo.

Habia mas de quince años que vivia Hospicio en su torre, mas como ángel que como hombre, cuando el cielo le reveló su cercana muerte. Confió esta noticia al prior del monasterio, pidiéndole que hiciese abrir la puerta de la torre, y que fuese de su parte á decir á Austadio, obispo de Niza, que dentro de tres dias moriria, y que así le suplicaba viniese á visitarle, sin duda para que le administrase los santos sacramentos, y para que diese providencia en su sepultura.

Esparciéndose en Niza la voz de la cercana muerte del Santo, un ciudadano, llamado Crescente, corrió prontamente á la torre; y mirando atentamente á Hospicio por la ventana de la celdilla, quedó aturdido de lo que veia. Movido de lástima y de asombro, sin poder reprimir las lágrimas le preguntó: *¿Cómo es posible que cargado de cadenas, y medio comido de piojos, hayas podido sufrir tantos años tan largos y tan crueles tormentos? Aquel Señor, por cuyo amor me resolví á ponerme en este estado* (respondió el Santo) *pudo fácilmente darme fuerzas para tolerarles, y supo tambien endulzar toda su amargura.*

Conociendo que se acercaba su fin, hizo que le quitasen todas las cadenas. Pasó despues muchas horas en oracion; levantóse de ella; tendióse sobre un banco con las manos elevadas al cielo; el semblante dulce, sereno y apacible; dió gracias á Dios por todos los favores que habia recibido de su liberal mano, y encomendándole su alma, espiró tranquilamente el día 21 de mayo de 581. En el mismo punto que espiró, desaparecieron los piojos de que estaba todo cubierto, quedando su cuerpo lim-



pío y resplandeciente; el que fué enterrado con toda la pompa que merecia su eminente santidad por disposicion del obispo Austadio.

Asegura S. Gregorio Turonense, que todo lo que refirió en la vida que escribió de S. Hospicio, lo oyó inmediatamente de boca del mismo sordo y mudo á quien el Santo sanó milagrosamente. En otra de sus obras añade que al tiempo de enterrarle, un hombre tomó una porcion de tierra de la sepultura para llevarla al monasterio de Lerins. Embarcóse en un navio que iba á Marsella; pero habiendo entendido que así el patron como el piloto y la mayor parte de los marineros eran judíos, no se atrevió á declararse por cristiano. Llegando enfrente de la isla de Lerins se paró el vaso, no obstante que soplabá un viento fresco por la popa. Quedó pasmado todo el equipaje. Entonces declaró el pasajero que era cristiano, y que llevaba al monasterio de Lerins una porcion de tierra de la sepultura de S. Hospicio; añadiendo que no dudaba sucedia el prodigio por virtud de aquella reliquia, y que mientras no volbiesen la proa hácia la isla seguramente no se movería el buque. Aparejaronse hácia ella las velas, y se dirigió al mismo rumbo el gobernalle; al punto movió el navio en derechura á la isla de Lerins, donde desembarcó el pasajero, y siguió el vaso su derrota. Por este milagro fué nombrado S. Hospicio por uno de los santos tutelares de la isla.

Guárdanse aun preciosamente en la catedral de Niza las reliquias de este gran Santo; y se muestra tambien alguna parte de ellas en las iglesias parroquiales de Villafranca y de Torbia. La península donde estaba la torre conserva todavía su nombre, llamándose la *península de S. Sospis*.

#### SAN SECUNDINO, MÁRTIR.

EN la sangrienta persecucion de Diocleciano y Maximiano dió España á la Iglesia innumerables mártires, que con el mayor desprecio de las grandezas del mundo y de lo que en él se estima, ofrecieron liberalmente sus cuerpos á los ingenios y esfuerzos de la crueldad, mas fieros y espantosos que la misma muerte. Entre los cristianos de la ciudad de Córdoba, conocida en tiempo de los romanos con el nombre de Colonia Patricia, fué digno de memoria eterna S. Secundino por los gloriosos combates que tuvo con el gobernador de aquella capital en defensa de la religion cristiana.

Quiso este tirano obligar á Secundino á ofrecer sacrificio á los

ídolos; y para persuadirlo á creer la divinidad de los dioses que veneraban los romanos, hizole presente, que así lo apoyaba la opinion comun de tantos siglos, la autoridad de los filósofos y de los poetas, y sobre todo las leyes y edictos de los emperadores que obligaban á darles culto. Oyó el Santo estos argumentos, que eran los mas poderosos en que se fundaban los gentiles para prestar culto á los ídolos bajo el velo de deidades; y deseando satisfacer por partes á aquellos motivos de falsa credulidad, hizo patente al gobernador el error de los siglos pasados, fundado en la ceguedad de las gentes y en el interés que tenia el demonio en que no abriesen los ojos á la luz. A los filósofos y poetas respondia con las bajezas que ellos mismos escribieron de los que llamaban sus dioses; infamias que aun en gente relajada y perdida no se pueden sufrir. De las leyes imperiales dijo que su notoria injusticia las condenaba ni tenian otra autoridad que la preocupacion de los legisladores que las publicaron.

No tuvo el gobernador razones con que rebatir las concluyentes satisfacciones del Santo, y pareciéndole, que para reducir á un hombre de aquella sabiduría y de aquel caracter, tendrían mas eficacia los buenos modos, que la severidad, le ofreció ventajosas conveniencias, grandes honores, y sobre todo la gracia de los príncipes del mundo, cuando ofreciese sacrificio á los dioses romanos; pero el horror que le causó la sacrilega impiedad á que queria obligarlo, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano de suerte, que sin hacer uso de las formalidades acostumbradas en semejantes casos, le sentenció á la pena capital, que se ejecutó el año 306 tal dia como hoy en que celebra su fiesta la santa iglesia de Córdoba. Robó á la posteridad la injuria de los tiempos las actas especificas de la vida de este héroe; pero no impidió la noticia de su glorioso martirio, que le hizo digno del reverente obsequio que como á tal se le tributa.

*La misa es del comun de las santas virgenes, y la oracion es la siguiente:*

Concedenos, Dios y Señor que no podemos rendirla digno nuestro, gracia para venerar nos honores, la consagremos con perpetua devocion los triunfos de vuestra santa virgen Maria humildes y frecuentes obsequios. Por nuestro Señor, etc. ría de Socors; á fin de que ya



*La Epístola es del capítulo 10 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios.*

Hermanos, el que se gloria, gloríese en el Señor: porque no es digno de aprobacion el que se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá soportarais algu- tanto lo que os parezca impru-

dencia mia. Pero dispensadme, pues estoy lleno de santa emulacion en Dios por vosotros, porque he prometido á Jesucristo presentaros á él santos, como una virgen casta á su único esposo.

### REFLEXIONES.

*Non enim qui seipsum commendat ille probatus est; sed quem Deus commendat.* No es espíritu aprobado el de aquel que él mismo se recomienda y se alaba á sí propio, sino el de aquel á quien recomienda y alaba Dios. No obstante ser el mundo tan injusto en sus juicios, no puede menos de justificar la verdad de este oráculo, pues no sabe tratar sino con el mayor menosprecio á los que se engrandecen y se alaban á sí mismos. Entre todos los vicios, ninguno está mas desacreditado que el orgullo; y aunque el mundo está lleno de hombres que solo estudian en burlarse unos de otros, y engañarse reciprocamente, no puede sufrir á aquellas almas bajas que arrastrando siempre por la tierra, solo saben echar polvo á los ojos, y brillar con un esplendor aparente y artificial. Ciertamente si los hombres mas diestros en engañar estuvieran bien instruidos del concepto poco favorable que forman de ellos, aun aquellos mismos que en la apariencia los adoran, esto solo bastaria para abatir su necia vanidad y presuncion; pero es difícil corregir un error que igualmente preocupa el corazon que el entendimiento. *Infelices de vosotros, dice el profeta, que sois sabios á vuestros propios ojos, ó que no siéndolo en los de Dios, queréis parecerlo á los ojos de los hombres.* Pero el orgullo se alimenta poco en la realidad; conténtase con una brillantez falsa y aparente; triunfa de la credulidad de los buenos; búrlase de la simplicidad de los sencillos: mas al cabo, ¿qué saca de hacer tanto ruido? La virtud lleva consigo mismo su esplendor, y el mérito su estimacion. Que se sepa ó que se ignore, no es menos rico el que encierra con mayor cuidado en su cofre su tesoro. Los cuerdos siempre desconfian de un hombre que solo se ostenta poderoso por sus escesivos gastos; y están esperando á que el engaño, la ruindad

y la pobreza sigan muy inmediatamente á estas artificiosas os- tentaciones.

Los que tienen mas mérito, son los que se alaban menos. No siempre conviene á cierto género de gentes darse á conocer mucho, porque la moderacion realza un mérito mediano. Las sombras resaltan los colores apagados, y si se les representa con demasiada claridad desaparecen. Alábase uno, revienta por darse á conocer para hacerse estimar, y se desacredita. En este hipo de manifestarse y darse á conocer, se esponen á los ojos de todos cien groseros defectos que en el retiro se ocultarian aun á la perspicacia de los malignos; y la ansia ó el prurito de ser conocido, siempre se satisface á costa del que adolece de él.

Un hombre capaz y de buen entendimiento no se deja deslumbrar de falsas apariencias: su penetracion le conduce mas allá. Pero un entendimiento limitado jamás sale de su propio terreno: como es tan corta su esfera, no se estienden mas sus luces, y no descubriendo en los demás cosa que á su parecer no sea muy comun, solo se admira á sí propio. ¡Buen Dios! ¿qué irracional es esta pasion! ¿y qué prueba tan clara es de una gran pobreza de talentos el concepto demasadamente favorable de su propia excelencia! Al mérito mudo le da á conocer su sola brillantez: el ruido solo sirve para descubrir el secreto orgullo que enfada y se reprueba: la verdadera virtud brilla y calla.

Pero el mérito que no es conocido, ¿de qué sirve? Mas yo replico: ¿y qué añade al mérito este conocimiento? ¿es uno mas rico porque se sepa que lo es? Entre todos aquellos á quienes llega la noticia de nuestro mérito, ¿cuantos nos darán su voto? ¿cuantos nos le rebajarán allá en su corazon! ¿qué pocos habrá que en su concepto no le disminuyan, por persuadirse que tienen ellos mucho mas que nosotros!

Pero aun dado caso que todos los hombres fuesen menos injustos, ó menos envidiosos, y que todos estuviesen muy pagados de nuestro mérito; ¿por ventura toda su estimacion nos haria mas estimables? Lo cierto es que ella puede ser nociva á mi virtud; pero no puede aumentar su valor. Tanta verdad es, que al cabo siempre es menester recurrir á este oráculo: *No es digno de estimacion aquel que se recomienda y se engrandece á sí mismo, sino aquel á quien Dios recomienda.*

De este Señor hemos recibido todo lo bueno que se halla en nosotros: entendimiento, talentos, industria, bellas prendas, sabiduria: todos son dones de su pura liberalidad, y en tanto nos hacen estimables, en cuanto los reconocemos por tales. ¿Tememos acaso que no nos encontrará, si no nos damos á conocer?



¿ignora por ventura lo que somos? Aunque estemos sepultados en el retiro y en la oscuridad; aunque seamos invisibles y desconocidos á todas las criaturas, ¿qué importará con tal que él nos apruebe? La dicha y la honra de agradarle equivale para nosotros á todo lo demás.

*El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.*

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discípulos la vigilancia para conseguir el reino de los cielos, habló con la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. De estas, cinco eran necias, y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas, no previnieron aceite consigo: por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el esposo se adormecieron todas, y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decía): Ved que el esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levanta-

ron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas: las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos, no baste para nosotras y vosotras: id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Interin fueron á comprarlo, vino el esposo, con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Ultimamente vinieron las demás vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió: En verdad os aseguro, que no os conozco. Velad, pues, porque ignorais el dia y hora de mi venida.

#### MEDITACION.

*De la indiferencia con que se mira la salvacion.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que ninguna cosa nos importa mas, ninguna nos interesa mas que nuestra salvacion; y con todo eso ninguna hay en que la mayor parte de los cristianos se ocupe menos. En el mundo todo es ocupacion, negocios, empleos, industrias, diversiones, y hasta la misma ociosidad: los dias mas largos parecen breves, la vida mas dilatada parece corta para todo lo que se llama negocio: todo merece nuestras atenciones: de sola la salvacion generalmente se descuida.

La salvacion es en rigor el negocio propiamente nuestro; todos los demás son extraños, son forasteros para nosotros. Son, digámoslo así, negocios del estado, del reino, del tribunal, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, de tus amigos; pero nada de esto es negocio tuyo. Y si al salir de este mundo todo lo hiciste bien, menos el negocio de tu salvacion, haz cuenta que desempeñaste grandemente los negocios ajenos, pero que no hiciste tu negocio; y al contrario, si saliste bien en el de tu salvacion, aunque fueses infeliz en todos los demás, hiciste tu negocio personal: cada uno nació primero para sí, y despues para los demás.

Es digno de admiracion, que amándose tanto los hombres á sí mismos, hagan tan poca reflexion sobre una verdad en que tienen tanto interés: *Cuarenta años ha*, decia un cortesano á la hora de la muerte, *que estoy trabajando en los negocios del rey, y ni un solo cuarto de hora he trabajado en el mio. Aunque debo al rey mucho amor, no tiene poder para alargarme un cuarto de hora la vida: si yo hubiera servido á mi Dios con tanta fidelidad, y con menos trabajo; ¡qué premio, qué alegría, qué dichosa eternidad me esperaria ahora!*

La salvacion no solamente es nuestro negocio personal, sino que es nuestro único negocio; porque hablando en propiedad, no tenemos otro negocio que este. Un pobre hombre, desnudo, abandonado, sepultado en la oscuridad y en el olvido, si se salva, hizo su negocio por toda la eternidad: ya á nadie ha menester para nada. Un hombre rico, dichoso, honrado, si se condena, es infeliz para siempre.

¿Estamos nosotros bien persuadidos á estas verdades? ¿consideramos nuestra salvacion como nuestro único negocio? ¿qué lugar ocupa en nuestro corazon y en nuestro cuidado? Respondámonos á nosotros mismos. Hombres de negocios, gente del mundo, esclavos de los pasatiempos, responded á lo que vuestra conciencia os pregunta, y á lo que ella misma os responde. ¿Hay alguna cosa que nos toque mas inmediatamente que la salvacion? ¿es la salvacion el móvil de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros designios, de todos nuestros pasos, intenciones y operaciones? ¿va, por decirlo así, la salvacion á la frente de todo cuanto hacemos? ¿está en el lugar que la corresponde?

Los santos, los ajustados todo lo refieren á esto: el negocio de la salvacion es el que enteramente los ocupa: cualquier otro negocio le posponen á él. ¿Son prudentes en esto? ¿se engañan por ventura? ¿hacen mal en la intencion resuelta que tienen de salvarse, y de preferir la salvacion eterna á todo lo demás? Pero